

El hombre de la mirada de piedra

ÓSCAR GUAL

ÍNDICE

El fin del mundo	9
La Villa del Millonario	43
El Arte de la Guerra	67
Drákos	109
Tella & Yazir	135
Atlas	153
El Programa	185
Londinium	223

EL FIN DEL MUNDO

Jamás tuve miedo de las alturas. Nunca pensé que pudiera tenerlo. Siempre hay una primera vez para todo, quizá sea eso. O tal vez sea la cápsula en la que estoy metido, suspendido en lo alto, viajando en vertical. Violando la garganta de este coloso de cemento y metal, al fin lo entiendo: lo que me intimida no es la caída. No es la ingravidez. Es lo que pueda encontrarme al final del trayecto, lo que pueda ver desde tan arriba.

Quizá descubra que nada de esto es real.

Mis rodillas empiezan a flaquear. Conforme se alarga la distancia entre mis botas y el nivel del mar, aumenta mi temperatura corporal, mi ritmo cardiaco. Lo advierten el resto de personas del ascensor, que miran de soslayo las expansivas sombras de sudor en mi espalda; yo miro sus pies. Se detiene en la planta 34 y todos salimos de la caja. La mitad se dispersa por las diferentes opciones que les ofrece el rascacielos. La otra mitad nos dirigimos a un segundo ascensor. La estructura en forma de pepinillo de la cima del 30 St Mary Axe, el segundo edificio más alto

de la City de Londres, imposibilita que el voluminoso ascensor principal alcance la azotea, por lo que los arquitectos de *Foster and Partners* decidieron que llegase solo hasta la 34, donde colocaron una escalera de mármol y otro ascensor más liviano. Sí, este mismo ascensor donde estoy a punto de vomitar el desayuno. Cuando al fin alcanzamos la 37, me siento tan aliviado que casi empapo la entropierna de mis pantalones. En silencio sigo a la mujer que me ha guiado hasta aquí. Todos visten igual en el interior de esta torre de acero y vidrio. Se distinguen entre ellos por la tarjeta identificativa que les cuelga del cuello y con la que superan ciertos niveles de seguridad y acceden a las respectivas zonas compartimentadas del St Mary. Por mucho que lo intente en aras de darle un tono solemne a todo esto, no me quito de la cabeza la entrada de aquella vieja serie: *Superagente 86*. Incluso parece que la estoy tarareando involuntariamente en voz alta, lo que suscita un gesto seco de reprobación por parte de mi guía. Cuando nos quedamos a solas por una serie de pasillos enmoquetados, me explica que 30 St Mary Axe es un edificio radical desde un punto de vista tanto social como medioambiental. También en sentido arquitectónico y tecnológico, aunque eso es bastante más obvio. Asiento. Vuelvo a asentir. Que fue el primer rascacielos ecológico de Londres, su forma aerodinámica aprovecha al máximo la luz y la ventilación naturales con el fin de reducir el consumo energético. Asiento. Representa una audaz intervención en el paisaje urbano, ya que su geometría emparenta con formas que frecuentemente se

dan en la naturaleza. Asiento. Eso hace que su integración en el entorno y en el skyline londinense sea mucho más orgánica que la de cualquier otra torre. Asiento con sonrisa forzada. Me pone al corriente de la polémica que surgió durante su construcción porque a las instituciones religiosas no les gustaba que un edificio tan atípico irrumpiese en la línea visual de la catedral de San Pablo, justo al lado. Asiento de nuevo. Al llegar a nuestro destino, me ofrece una tarjeta de invitación por si después me apetece visitar el bar de la planta 40, desde el ático hay unas esplendidas vistas panorámicas de toda la ciudad. En ningún momento percibo en ella un mínimo poso de humanidad. Acerca el rostro al panel de detección ocular y le anuncia mi llegada al interfono. Se despide. En cuanto se da la vuelta me siento liberado para hablar y rehusar la invitación, no estoy nada seguro de querer subir todavía más alto. Pero no me escucha o no quiere girarse y mi único gesto digno es el de guardarme la tarjeta en el bolsillo.

El asunto que me ha traído hasta la trigésimo séptima planta del 30 St Mary Axe es un hombre al que se conoce como Drákos Vasiliás. Hasta ahora su historia ha sido un secreto a voces. No he encontrado ninguna referencia en Internet, ni por supuesto en medios escritos. Y ese es precisamente el motivo por el cual a un editor se le ha ocurrido pagarme un billete *low cost* a Londres y un *Bed and Breakfast*: para escarbar en la historia que pueda haber detrás de ese hombre, si es que la hay, o generar una relato ad hoc si la realidad no nos

convence. La cuestión es anticiparse y tenerlo preparado por si de repente a los grandes focos mediáticos les da por alumbrarlo y despiertan el interés popular. Seríamos los primeros en tener una versión de los hechos. ¿Qué hechos? Los que sean. Pensándolo bien, todo esto es poco más que una apuesta, un juego entre un editor insignificante como Vladimiro Rascón y un periodista muerto de hambre como yo; una excusa suya para alardear de proyectos visionarios y una mía para pasar dos o tres días en Londres que, si de mi precaria economía dependiera, no podría ni siquiera plantearme. Nos enteramos del tema de manera imprevista, como suele ocurrir en estas ocasiones. A través de Kaye, una de las traductoras con las que suele colaborar Vlad y a la que lo une una vieja amistad. Fue ella quien nos puso al corriente: su marido trabaja en un fondo de inversión londinense y lo de Drákos es un rumor que desde hace meses circula por los pasillos de Partenoster Square, el edificio que alberga la Bolsa de Valores. Aunque lo que nos dijo al principio eran suposiciones, muchas de las cuales débiles e incluso alguna bastante disparatada, lo principal, o aquello en lo que coinciden todas sus fuentes, es en que se trata de un hombre que ejerce de caja negra para un fondo de inversiones. Ahí está la clave. Que se ocupa él solo de un trabajo para el que en otros fondos de inversión necesitan un contenedor lleno de economistas y matemáticos y ordenadores. Pero hay otra información, el rumor que nos ha hecho lanzarnos definitivamente a por el proyecto, el que apunta a que Drákos es de origen español a

pesar de su nombre heleno. O ha vivido en España. O en realidad Drákos Vasiliás no es su verdadero nombre sino una broma del mundillo financiero a costa de la eterna crisis griega. Por eso Kaye se lo contó a Vlad, prefiere que lo publique una editorial española de forma que ella se asegure la traducción. Los motivos de su marido, en cambio, se reducen a algo tan crematístico como destapar los secretos de una empresa rival. Un hipotético vínculo hispano aumentaría el interés por el hipotético personaje y dispararía las hipotéticas ventas de esa hipotética biografía o esa hipotética entrevista o lo que fuere que hipotéticamente pretendemos sacar adelante para ganar algo de pasta si el rascacielos de naipes que estamos construyendo no se viene abajo por los miles de motivos por los que podría venirse abajo: que todo sea una farsa; que en el 30 de St Mary Axe no quieran saber nada de nosotros; que jamás se despierte interés alguno por el personaje en cuestión; que la editorial cierre por no ser capaz de afrontar sus pagos como ya ha estado a punto de ocurrir; o que yo tenga que buscar un trabajo que me dé de comer y dejarme de fantasías. Aunque también es cierto que, si activamos el modo optimista, el cuento de la lechera no suena tan mal, sobre todo porque desde hace un tiempo los libros relacionados con la economía están vendiéndose bastante bien. Hay un creciente interés, a la gente le gusta creer que sabe de lo que habla y ahora de economía hablamos todos. En las conversaciones de barra de bar la economía es el nuevo fútbol.

Nunca he escrito nada biográfico ni por supuesto tan ambicioso. Suelo encargarme de temas relacionados con ciencia y tecnología para medios generalistas, lo cual supone una constante contradicción porque si eres riguroso, el lector medio no te va a leer. Y si quieres lectores, tienes que coquetear con el sensacionalismo científico. Por eso robots asesinos y hackers pederastas son mis temas predilectos. Suelen ser entrevistas, reportajes de dos a tres páginas o reseñas de ensayos divulgativos. En una ocasión me convencieron para participar en una antología de textos de ficción cuyo título era *Teorismos inéditos* (Bola de papel, 2014) que tuvo bastante repercusión, más por la polémica que suscitó que por su calidad literaria. El bochornoso título se obtiene de juntar *teoría* con *terrorismo* y el motivo de la antología era describir o diseñar atentados terroristas que a nadie se le hubieran ocurrido antes. Mi texto era una ficción que intentaba ser graciosa sobre cómo disolver la cantidad necesaria de una sustancia alucinógena en los depósitos de las cafeteras del Congreso de los Diputados el día del debate sobre el estado de la nación. Otros textos explicaban minuciosamente lo típico en estos casos, nada que no se pueda encontrar en Internet, curiosidades como el modo de confeccionar explosivos a partir de componentes caseros o la manera de hackear determinados servidores web de forma anónima. Algunos textos procuraban ser asépticos mientras otros querían ser gamberros. Sin embargo, había uno de ellos que solo podría definirse como infame. El texto firmado por el propio editor y antólogo, Vladimiro

Rascón, que entre otras cosas describía las rutas reales que seguían los hijos de un determinado Ministro del Gobierno desde su casa al colegio, con el propósito de secuestrarlos. Incluía técnicas de tortura y extorsión. Era todo grotescamente real: los nombres, las calles, los horarios o las actividades extraescolares de los críos. Y así es como conocí a Vladimiro. Aunque la consiguiente demanda obligó a retirar el libro, la publicidad salvó a la editorial, que sigue viviendo de aquella mala fama. Si lo cuento es para que quede claro que ese es el tipo de editor que me ha enviado a Londres.

Kaye me recibió en el aeropuerto hace un par de días y, siempre que su trabajo se lo ha permitido, me ha acompañado durante mi estancia aquí. Las escasas dos millas cuadradas sobre las que se alza la City son un reducto de la Edad Media en este Londres contemporáneo. Resulta contradictorio si tenemos en cuenta que es el mayor centro financiero que existe, pues aquí tienen su sede los bancos y aseguradoras más importantes y los fondos de inversión más punteros del globo. Al recorrer sus calles nada parece indicar que estemos pisando terreno medieval. Pero así es: en el medievo, los comerciantes y burgueses adinerados se refugiaron en esta reducida parcela para alejarse del poder monárquico de Londres. No me explico cómo ha perdurado hasta hoy. Esta especie de irreductible aldea ultraliberal se rige por sus propias leyes, ni la Corona ni el Parlamento británico tienen nada que objetar. Semejante anormalidad, lo que ocurre murallas adentro, es un vestigio de otra época en la misma medida

que lo que pasa dentro de una plaza de toros o dentro del Vaticano, con la leve diferencia de que los banderilleros y los cardenales no establecen el orden económico mundial. La City constituye una cúpula opaca que refugia el capital de las grandes empresas que tienen aquí su sede. Tampoco hay democracia ni nada que se le parezca: el voto para elegir al *Lord* gobernante está ponderado por el peso financiero y el número de trabajadores de cada compañía. A cualquier efecto, esta ciudad no está habitada por personas sino por compañías. Las personas no son más que las partículas, los órganos que componen a sus verdaderos habitantes, que son entidades legales. Al final no hemos sido reemplazados por robots sino por contratos con patas. Cuando en un futuro alguien cuente qué sucedió en esta época, los protagonistas de la historia ya no serán seres humanos sino corporaciones.

Anoche salí a tomar algo con Kaye y su marido, Simon. No los conocía y han sido encantadores conmigo. El ambiente no tardó en evocarme el concepto de parque temático. Esos taxis negros y autobuses rojos, esas calles empedradas y alumbradas con farolas decimonónicas que tratan de emitir un agónico mensaje de autenticidad. Pero la vida son las personas, no el escenario donde actúan. Simon me explicó que estos pubs se llenan de hombres eufóricos tras terminar una jornada laboral consistente en masticar números para escupir dinero. Beben hasta desfallecer y al día siguiente siguen jugando con los ahorros de medio Occidente. La población femenina es casi marginal en el gremio, de ahí que este sitio sea como

un eterno viaje de fin de curso, en cada esquina graznan voces a medio madurar y se empalman vergas que buscan consuelo. Por eso conseguir cocaína aquí es muy sencillo, algo inusual en el Reino Unido. Al igual que hacerse con los servicios de una prostituta o un chapero. El suicidio es el consuelo final cuando no puedes soportar las jornadas de quince horas en un trabajo en el que siempre estás a punto de ser despedido si no cumples con las expectativas o no superas las evaluaciones. Y ese es otro asunto clave para entender la inquietante idiosincrasia del lugar: la homogeneidad de todos estos chavales, parecen clones. Esas evaluaciones en las que sus empresas se basan a la hora de repartir palos o zanahorias no solo tienen en cuenta el resultado numérico de cuentas y objetivos sino la opinión de sus superiores y compañeros, lo que convierte la política de pasillos en algo crucial. Cómo te mueves, a quién sonrías. Si sabes decir hola a los seniors adecuados en el momento justo. Si sabes evitar a los jefes de tu jefe, o no ser excesivamente agradable con ellos, porque tu jefe inmediato no querrá que tengas ninguna fuente alternativa de información y de él depende en gran medida tu evaluación. Estás obligado a desarrollar una sensibilidad social que nada tiene que ver con tu rendimiento ni con tu sinceridad, lo que puede acabar volviéndote majara o paranoico. Pero al principio puedes con todo: cuando eres becario lo habitual es salir del trabajo a las cinco de la madrugada, tomar un taxi con otros compañeros, llegar a casa, ducharte, cambiarte de traje y coger el mismo taxi de vuelta a la oficina sobre

las siete de la mañana. Es lo que se llama un *rondabout*. Al principio te lo tomas como retos, competiciones entre novatos, hasta que no has empalmado dos noches seguidas no puedes decir que eres un auténtico *cityboy*. La anfetamina y la obsesión por el dinero te lleva un tiempo en volandas. Después, poco a poco, ves cómo las miradas de tus compañeros van amaratándose y perdiendo el brillo; míralos, como esos de ahí por ejemplo. No son más que chavales. Es a lo que se dedicaba Simon hasta hace poco, ahora cuando termina va directo a la estación y se larga a Bloombory, donde vive con Kaye. Ambos me han echado un cable con las gestiones para conseguir la entrevista. El caso es que la existencia de Drákos no es ningún secreto corporativo y el motivo por el cual sigue siendo mayoritariamente desconocida es tan simple como que en su entorno, esta City de los grandes bancos y fondos de inversión, nadie tiene tiempo de pararse a pensar ni un instante. Todo va demasiado deprisa para apreciar cualquier singularidad. Más de uno se cruzaría con un dragón de tres toneladas echando fuego por la boca y ni siquiera se detendría porque no hay acciones que comprarle. Kaye tiene contactos en el ambiente periodístico londinense y ha mencionado los nombres precisos en los teléfonos que nos facilitó Simon. Hemos maquillado nuestras intenciones diciendo que la entrevista saldría en los principales medios españoles, ya veré más adelante cómo solventar eso. En todo caso sería una buena noticia que tuviese que hacerlo. Drákos Vasiliás, o la gente que gestiona su agenda, ha aceptado la solicitud sin muchas pegas. Incluso

parece que esperaban una propuesta similar para salir a la luz, pues al final del día esto son negocios y cualquier rumor descontrolado puede minar su reputación. Quizá prefieran anticiparse para controlar ellos la información. Cuando Kaye me ha confirmado que teníamos la cita, por primera vez he pensado que quizá no fuese una idea tan descabellada a pesar de todo.

Y así ha discurrido la mañana. Tras despedirme de Kaye enfrente del 30 St Mary Axe, pregunto en recepción por Miss Saunders. La misma Miss Saunders cuya mirada me fulminaría después por tararear al *Superagente 86*. La misma que colocaría su ojo frente a un panel y pronunciaría mi nombre. La misma que me llevaría hasta la puerta de Drákos Vasiliás. La misma que me dejaría con la palabra en la boca y la tarjeta para el ático en el bolsillo. Me abre la puerta un tipo grandote de mediana edad, traje azul marino y camisa blanca sin corbata, que se hace llamar Tony. Para los años que aparenta, luce un pelazo estupendo que peina con raya al costado y adorna con una greña juguetona. Su mandíbula prominente destaca todavía más gracias a un meticuloso afeitado. Me acompaña por un espacio construido para albergar oficinas pero que, por lo que veo, ha sido acondicionado a modo de vivienda. Por el pasillo dejamos atrás una cocina, un par de cuartos de baño y varios espacios diáfanos y vacíos con grandes cristalerías que muestran postales del firmamento londinense, tan típicas que parecen postizas, con su niebla matinal y su clima húmedo y su cielo gris. Entramos en uno de los últimos despachos, el único con las ventanas cerradas.

No voy a mentir, a primera vista no me da la impresión de que Drákos sea quien dicen que es o quien dicen que ha sido. Lo que encuentro es una persona en estado casi vegetativo, empotrado en uno de esos aparatosos sillones de relax que disponen de varias posiciones y en el cual duerme, come e incluso hace sus necesidades. Sin más preámbulos, Tony me ofrece una pequeña pizarra electrónica y un puntero como herramientas para comunicarme con Drákos. También un paquete de gasas para limpiarle la saliva de la comisura de los labios y una campanilla por si requiero de su presencia por algún motivo. Y nos deja a solas con la única advertencia de que no apague el televisor. Es importante, insiste. El cerebro de Drákos Vasiliás necesita alimentarse constantemente de historias y ficciones, mantenerse ocupado y en un estado de actividad latente, de lo contrario podría sufrir una trombosis. Tony dice que solo apaga la tele dos horas diarias, está encendida incluso mientras Drákos duerme. A lo que se refiere Tony es a que, una vez al día, apaga la tele y enciende una batería de doce grandes pantallas que escupen cadenas interminables de números así como modelos geométricos en constante mutación para que Drákos los interprete.

Aparte de las pantallas y el sillón, la habitación está vacía. Vacía y oscura, para mitigar los reflejos. De vez en cuando escucho a Tony trastear arriba y abajo por el pasillo pero parece haberse olvidado de nosotros.

Quizá yo esperase una representación más ostentosa, alguien con aspecto de científico loco o de telépata

con la frente muy grande y globos oculares desorbitados que manipulase aparatos extraños de forma espitosa. O al menos alguien con el que pudiera *hablar* con fluidez, sin tener que recurrir a la pizarra. Drákos viste un pijama de seda burdeos que le da un aire de marqués viudo con deudas inasumibles. Tiene la piel brillante y curtida y las facciones definidas, aparte de una melena sorprendentemente juvenil, como de alguien que ha vivido mucho y muy deprisa; algo que me choca, pues ya lo he conocido en este estado de reclusión. Sus ojos, por el contrario, sí que reflejan una insondable aflicción, como si por ellos se asomase al exterior desde dentro de esa celda que es su cuerpo. Diría que ronda los cuarenta, que compartimos generación aunque no podría asegurarlo. Conserva cierta movilidad en los músculos de la cara y con ellos maneja un sistema de reconocimiento de gestos faciales que sirve tanto para controlar los datos de las pantallas como para comunicarse con la ayuda de un sintetizador de voz que reproduce sus palabras a través de unos altavoces en las paredes. El mismo sistema que usa Stephen Hawking. Me sobresalto al escucharlo por primera vez: a Drákos le divierte escoger entre su amplia librería digital de voces según la ocasión y para recibirme ha elegido la de Darth Vader. Al ver mi cara de extrañeza, se permite la típica broma de *Luke, I am your father* para ayudarme a reconocer la voz.

Pareidolia es el nombre del fondo de inversiones para el que supuestamente trabaja Drákos. O con el que colabora, según prefieren decir ellos. Sus oficinas están en

la planta 33 y son quienes pagan esta vivienda y la manutención. Durante las dos horas diarias en las que pueden permitirse la atención completa de Drákos, o del cerebro de Drákos, Tony conecta la docena de pantallas donde se muestran datos de diversa índole y le ajusta el sistema de control remoto mediante gestos faciales para que asuma el mando del juego. En una mitad de las pantallas, el ticker marca las cotizaciones de los principales índices bursátiles. En la otra mitad, series de datos masivos sin cocinar y en bucle. Estas series de Big Data varían según lo solicite Drákos. En cualquier momento, el movimiento de sus ojos puede disponer que los números de una pantalla, o los números cruzados entre varias pantallas, se transformen en una determinada figura o modelo geométrico basado en ellos. Su trabajo consiste en analizar esa corriente incesante de datos y proporcionar unas directivas de actuación a Pareidolia.

Primero hablamos de su pasado. O de su ausencia de pasado, pues dice que no recuerda absolutamente nada. Aunque más que contar las cosas, la voz sintetizada del Líder del Escuadrón de la Muerte las describe sin ninguna entonación ni emoción. Le han contado que alguien lo dejó en la entrada de Urgencias de un hospital español hace tres años, de lo que deduzco que no conoce su nombre original. Su *anterior* nombre, se apresura a corregirme. Solo sabe lo que le han dicho: apareció una noche en La Fe de Valencia en estado crítico y los médicos le salvaron la vida. No llevaba identificación consigo. Al cabo de varios días de tratamiento, empezó a interactuar y a

estabilizar sus constantes vitales. Entonces todavía conservaba una cierta movilidad en las extremidades, algo que ha ido perdiendo paulatinamente. Además se quedó sordomudo. Conforme transcurrieron las semanas, se hizo evidente que no veía el mundo como el resto de personas. La primera que lo advirtió fue la psicóloga que lo trataba, tras analizar los dibujos que garabateó durante la terapia. En ellos aparecían formas geométricas en vez de los objetos que debiera estar dibujando. Descubrieron que Drákos tampoco percibía el movimiento continuo, para él los objetos se mueven de manera discreta desde un punto a otro. Al parecer, las lesiones afectaron a una región concreta de su cerebro de tal modo que el mundo se le aparece como una estructura matemática que él es capaz de interpretar. Al observar mi gesto de estupefacción señala que en realidad no es nada insólito, que es una variante del Síndrome del Savant y que existen al menos treinta casos documentados de personas que lo sufren. Algunas de nacimiento y otras por accidente y en cada caso esa persona ha desarrollado una habilidad asombrosa para una actividad distinta: la comprensión musical, la construcción detallada de mapas o maquetas o incluso algo tan inservible como la memorización de calendarios y datos referentes a cada fecha. Los neurólogos creen que estas personas llevan a cabo procesos mentales mediante módulos cerebrales distintos a los que usa una persona común, ya sea por un defecto en el desarrollo embrionario o por una contusión cerebral. La suya en concreto es una variante de sinestesia inusual y muy compleja, una

mezcla neurológica de los sentidos que le hace ver los números como formas, colores, texturas y movimientos. Cuando su vida ya no corría peligro, lo trasladaron a una unidad especial de ensayos clínicos donde continuaron tratándolo mientras proseguían con los escáneres, las resonancias cerebrales y los tests psicológicos. Pero al cabo de las semanas, una vez confirmaron que tenía dañado el córtex parietal y ello causaba la alteración, el equipo médico tuvo que tomar una decisión sobre el paciente: no podía quedarse allí para siempre. Tenía el alta médica y un diagnóstico. Y, tal vez fascinados por sus increíbles demostraciones de cálculo geométrico y con el salvoconducto o la excusa de que ningún familiar o conocido lo había reclamado, Pareidolia apareció de algún modo, alguien que a su vez conocía a alguien que trabajaba en Pareidolia, y la corporación acabó haciéndose cargo de él.

La idea inicial era integrarlo en su equipo de *quants* tras un periodo de entrenamiento. Muchas de estas corporaciones tienen a sueldo un equipo de analistas que desarrollan estudios cuantitativos. La mayoría de estos especialistas proceden de la física teórica y aplican modelos matemáticos complejos a la gestión de activos, al cálculo de riesgos o a la fijación de precios de derivados financieros. El principal problema o la principal farsa o el principal reto subyacente es que estos físicos y matemáticos están tratando de predecir el futuro y eso es, en esencia, imposible. Así lo afirmó Isaac Newton mucho antes de que la economía aspirase al estatus de ciencia y tras perder su fortuna en la burbuja de la Compañía de

los Mares del Sur: “Puedo calcular el movimiento de las estrellas, pero no la locura de los hombres”.

Mi impericia para tratar con alguien tan especial y el hecho de que su voz distorsionada me llegue a través de la megafonía y desde varias direcciones a la vez impide que el diálogo avance con la misma naturalidad que si Drákos hablase con su propia boca. Pero gracias a su buena predisposición y sentido del humor, nos apañamos para improvisar una especie de método que basta para entendernos. Yo no escribo hasta que se esfuma el eco de su voz de robot asmático y él no responde hasta que yo dejo de escribir. Le acerco la pizarra, condicionado por la escasez de luz, aunque sus enormes pupilas parecen más que acostumbradas.

Tras el periodo de formación trabajó con otros *quants*, pero las conclusiones a las que llegaba o los modelos que proponía no solían coincidir con los del resto. Mientras los demás realizaban cálculos frenéticamente, él se limitaba a observar las hileras de números y a dibujar formas geométricas con un lápiz para al cabo del rato exponer sus sencillas concusiones. A los pocos meses se hizo evidente que sus análisis eran los más certeros y decidieron aislarlo, un equipo compuesto por una sola persona. Lo acomodaron aquí y desde entonces le proporcionan todo lo que requiere para trabajar con comodidad. A diario recibe a un fisioterapeuta que le tonifica los músculos y cada quince días le toman muestras de sangre y orina. De la gestión de estos asuntos así como del enlace con

Pareidolia se encarga Tony, con quien parece tener una relación casi fraternal y junto al que ha diseñado este sistema de pantallas múltiples.

Drákos no predice el futuro, Drákos comprende el presente. Porque en el presente está inscrito el futuro inmediato. La principal crítica de la que suele ser blanco la economía financiera es que aplica métodos empíricos en un campo de estudio que, en última instancia, depende del comportamiento humano. Y el comportamiento humano es impredecible. Hay que tener en cuenta que las tormentas financieras nunca ocurren por una causa exacta como se nos explica en los libros, esto no es así. Simplificamos la narración para generar una ilusión de comprensión y escribimos libros para dejar constancia de que la próxima vez lo controlaremos mejor. Pero las circunstancias críticas nunca son la clave sino las accesorias, las que pueden catalizar o no el ensanchamiento de una grieta o la explosión de una burbuja. Y gracias al caudal de datos masivos que una organización como Pareidolia tiene la capacidad de proporcionarle, Drákos puede comprender los flujos económicos mucho mejor que su competencia porque los relaciona con los patrones de comportamiento del inconsciente colectivo que extrae del Big Data. Le llega cualquier información que uno pueda imaginar: compraventas, nacimientos, decesos, tráfico legal e ilegal, audiencias televisivas, índices de obesidad, trasvases migratorios, bajas militares, suicidios en fábricas del tercer mundo, malformaciones fetales, fervor religioso, etc. Nada descarta, todo se cuantifica y tiene su

relevancia. Y cada sección se desglosa a su vez con un escalofriante grado de detalle. Drákos encuentra correlaciones entre estas series de datos a un nivel tan profundo e imperceptible y, sobre todo, tan alejado de la lógica humana, que ningún algoritmo de análisis puede acercarse a su resultado. Lo que hace es detectar anomalías, manchas, trazos geométricos que le parecen sospechosos. Porque al cruzar unas series de datos con otras y observar esas figuras geométricas resultantes, Drákos compone una instantánea de los flujos del sistema económico. Drákos *visualiza* el momento económico global de una forma a la que nadie más tiene acceso.

Pero tengo la impresión de que nos hemos ido por las ramas y le sugiero que nos centremos en él. El enfoque que pretendo darle a esta historia no es el de un análisis técnico de sus capacidades porque, además de ser un tostón, no es algo para lo que yo me sienta capacitado. Ni siquiera estoy seguro de haber transcrito correctamente lo que me ha dicho hasta ahora. Ese perfil que lo tracen otros, a mí me interesa su peripecia personal. Opino que hay varios aspectos que pueden anclar esta narración a películas conocidas y esto nos podría ayudar a venderla. Por una parte remite a *La joya del Nilo*, aquella película de aventuras donde al final se descubría que la joya que Michael Douglas y Kathleen Turner llevaban dos horas buscando no era una joya sino un señor con barba y chilaba. Cuento ahí con un buen punto de partida. Además, ahora que he conocido a Drákos en persona, a partir de su deteriorado estado físico no me costaría demasiado

relacionarlo con el personaje de Dustin Hoffman en *Rain Man*, aquel tarado que flipaba con los números. Por comparación, presentaríamos a nuestro Drákos como una supercomputadora humana. Hay una buena fuente de historias con las que empezar a moldear el relato.

Ante una reflexión puede que un tanto suspicaz por mi parte, Drákos niega que la peculiaridad de su caso radique en que las lesiones hayan modificado su estructura cerebral de modo que ahora sea aprovechable para la industria financiera. El Señor Oscuro de los Sith en pijama aclara que esa es una forma equivocada, o interesada, de interpretar los hechos. No hay ninguna sospechosa casualidad. En realidad, la verdadera casualidad está en que lo llevaron a un centro hospitalario donde había suficientes medios para salvarle la vida y donde alguien supo ver lo que le ocurría. En otro país, en otra época o incluso puede que en otro turno del mismo hospital lo hubieran facturado a un centro psiquiátrico al no tener familiares que se encargasen. Ahora mismo podría ser un vegetal postrado en una cama o uno de esos chiflados que salen en la tele como calculadoras humanas. Que haya acabado colaborando con Pareidolia es también consecuencia de un proceso formativo: él no adquirió la capacidad de *visualizar* las finanzas sino que fue su habilidad matemática la que se adaptó a esta disciplina.

El desfase temporal entre las preguntas y las respuestas hace que por momentos tenga la impresión de estar hablando con una inteligencia artificial y no con la persona

que tengo enfrente. A la tenue luz que emite mi pizarra electrónica no puedo apreciar ningún cambio en el rostro de Drákos. Permanece inmutable. Las cortinas están echadas y las paredes desnudas. La oscuridad nos cerca, camufla lo que pueda haber en las esquinas de la habitación.

Seguimos hablando hasta que aparece Tony por la puerta. Espera a que la voz del Supremo Comandante de la Flota Imperial deje de reverberar y yo pueda anotarlo. Enciende una lámpara muy cálida y anuncia que ha expirado el tiempo que acordamos. Que necesita quedarse a solas con Drákos para hacerle algunas curas. Que si me apetece, puedo esperar en la sala contigua y después charlar un rato con ellos de forma más distendida. Quizá su propio punto de vista también me sea útil, me cuente acerca de la empresa y su entorno. También del trastorno. Del día a día de Drákos, esa clase de detalles tan necesarios para el reportaje. En todo caso su visión es más cercana a la de una persona convencional y eso me interesa. Me acompaña a otro despacho habilitado como sala de ocio, con una pequeña biblioteca, un par de videoconsolas conectadas a una pantalla descomunal, un equipo de sonido industrial, una nevera abarrotada de latas y alimentos envasados, una mesa profesional de billar y una de ping-pong. Una especie de salón recreativo privado a 180 metros de altura, el sueño de cualquiera con el síndrome de Peter Pan. Me figuro que Tony debe de matar aquí el aburrimiento y eso sucederá bastante a menudo.